



## De libros y escotes me como un plato

\* José Antonio Zapata

### El libro de Pepe

"Esta parte es preciosa", me dijo con una cara que reafirmaba lo que pensaba.

Vicente nos vio como quien ve a un par de extraterrestres y se dedicó a contestar la red, que sonaba con antipática insistencia.

—Léela, y luego me dices lo que opinas—, insistió Pepe.

Tomé el libro y, en el párrafo que me indicó como el inicio del preciosismo, noté que iniciaba con una cita del misógino número uno del planeta, León Tolstoi, quien se preguntaba si valía la pena la vida, su vida, pues de cualquier manera no podría sobrevivirla.

Me pareció muy interesante la lectura posterior a la cita, hasta que llegué a lo siguiente:

*"No, esa pregunta (la razón de la existencia) surge desde un yo que sabe demasiado, que ve demasiado, que siente demasiado. Los consuelos han desaparecido; la calavera sonreirá en medio del banquete; el yo no puede tranquilizarse con trivialidades. Desde la profundidad grita a los Dioses que ya no están allí, busca significados no desvelados, aún no encarnados. Su agonía tiene el valor de un trillón de magias insatisfechas y de un millón de mitos creyentes y, sin embargo, su único consuelo es un dolor incesante, un dolor, un temor, un vacío que es sentido más allá de la comodidad y de la distracción del cuerpo, la persona, o el ego, que mira valientemente al rostro del Vacío y ya no puede explicar ni el Terror ni el Misterio. Es un alma demasiado despierta, un alma en el límite de lo transpersonal."*

Y sí. Me quedé de una pieza.

Tomé mi laptop, transcribí rápidamente esa parte, y le devolví a Pepe su libro de Ken Wilber.

—A ver qué día me lo prestas—, dije inocentemente.

—No— espetó tajante. —Yo no presto este tipo de libros—.

—Mmm... —

Me despedí (sin expresar mi opinión). Bajé las escaleras de Palacio de Gobierno pensando en la posibilidad de encontrar un alivio momentáneo a la terrible pesadez de la individualidad por medio de un librito...

### perredista...

Estabas preocupada.

Eso era más que evidente.

Pero el que de plano no da crédito todavía soy yo.

Eres la primer mujer que veo sufrir por verse obligada a romper el hechizo al que has sometido a otro de tus 'suspicientes'...

De verdad, aún no lo creo.

Porque las mujeres, usualmente, son crueles con quienes no despiertan ni la más mínima duda en ellas. Este (supongo) era el caso, pero tú te lamentabas por la suerte del pobre infeliz.

Y yo, que pocas veces me sorprendo, quedé turulado al verte mesándote el pelo (me encanta tu pelo) y preguntándote: "¿Porqué los hombres son tan menso? ¡Si yo nada más le di un quico! (Atención. Yo no sabía que a los besos también les dicen quicos, hasta que tú me lo hiciste saber de esa manera)..."

### Los hombres menso (dígame: todos)

Lo somos.

Sin lugar a dudas.

A la menor provocación, volcamos toda la cera de la que estamos hechos en la pira de las mujeres. Nos deshacemos casi de inmediato y gozamos hasta el paroxismo la fundición.

Somos, además de menso, títeres de las mujeres y de nuestro bajo vientre. De corazón de algodón y cerebro de estopa, despedimos a nuestros creadores y el génesis consumamos.

### Los libritos

Siempre se lee mejor un libro regalado. Recomendado por el amigo. Por la amante. Por la amiga.

Los libros proporcionan seguridad. A quien los carga. Quien porta un libro se imagina que por ese solo hecho lo van a respetar, que esté más allá de todo riesgo, que el asaltante lo va a pasar por alto. Confía en los libros como los espías en los salvoconductos. O los que no usan condón (triple, según recomendaciones de la OMS) en su buena suerte.

Los libros pesan mucho.

Los libros forman parte de la adora-

ción de quien ha dejado los labios, la piel, la música y la vida en manos de una mujer. De esa mujer.

Quien conserva a lo largo de los años los libros que más lo han trastornado y, sin siquiera pensar en lo que hace, los regala, ese hombre, esa mujer, quedan vacíos. Felizmente vacíos. Porque ya no pesa en ellos la ordenanza, porque ya son de nueva cuenta libres para equivocarse, porque cortan sus alas, porque se habrán de valer por sí mismos para sobrevivir el infierno helado de la duda.

Los libros son, por regla general, depositarios de ideas propias. Y los hombres que los leen, por regla general, se roban esas ideas. Incapaces de concluir nada por sí mismos, estarían perdidos en el mundo sin un libro a la mano. Simplemente han atrofiado su mecanismo del pensamiento; son incapaces de pensar más. De emprender ese camino que se llama razonamiento. Necesitan el libro antes de que se apague por completo la luz de bengala que alumbra su cerebro. Su cerebritito.

### Estoy terminando este Baúl...

Y te veo. Se nota a leguas que estás concentrada en tus haceres y deshaceres.

Te rascas la pequeña herida que está junto a tu boca, y ese movimiento hace que me den unas ganas enormes de besarte y morder tu herida.

Ves que te veo, sonrías y me preguntas: ¿Qué?

Yo respondo: Aquí, viéndote...

Me lanzas una mirada perversa, como quien perdona a un menso ser menso, y regresas a tus labores.

Y te sigo viendo, observando, metiéndote en mi cabeza, allanando entre mis neuronas un espacio indeleble para ti y para tu vestido floreado (y para tu generoso escote).

Sonrío.

Y dejo que el corazón palpite desacompañado, y preparo la estrategia que habrán de seguir mis dedos en tu piel. Pero antes, habrán de terminar esto que escribo, este manantial de letras y sílabas que, por fin, terminan en esta línea...

### La rodilla del

**\*Todólogo por la Universidad Falsallista. Titulado en Pizzas. Actualmente el Averno reside en él.**